

CAPÍTULO VII

De la buena voluntad, del rigor de la vida y de las riquezas que tenemos

Excelencia de la buena voluntad.- *Si no puedes ser tan perfecto como deseas, humíllate y resígnate, conformándote con la voluntad de Dios. Alégrate de corazón por el bien de los que son perfectos y alaba a Dios y dale gracias por la perfección que tienen.*

Suele permitir el Señor, que en los más sus escogidos y muy amigos haya siempre algún resabio de algún vicio o imperfección para que se desprecien a sí mismos y perseveren en la humildad. Realmente alcanzaron algunos la salud de su alma y llegaron a tan alto grado de virtud, que confiadamente darían de mejor gana la vida, que hacer adrede un pecado; y, con todo eso, por no estar ciertos de este buen estado de su alma, siempre temen y se angustian y no se pueden persuadir de otra cosa sino que son flacos y miserables. Por la gran fidelidad y amor que el benignísimo y sapientísimo Criador nos tiene, sustenta en ellos, mientras viven, semejante ignorancia, temor y congoja. Conoce muy bien cuán flacos son y que si supiesen cierto su convalecencia, luego se volverían a sí, contentándose vanamente de sí mismos. *Es mucho mejor para ellos padecer esa miseria con la cual están humildemente resignados en Dios; mas suele el piadoso Señor sacarlos de semejante ignorancia y largas tinieblas cuando están para morir; dándoles entonces una firme confianza en Él, con la cual parten de esta vida gozosamente.*

Fuerza de la buena voluntad.- *Por más imperfecto que seas, en ninguna manera has de desconfiar, ni perder el ánimo. Porque no es posible que Dios deseche de sí al hombre de buena*

voluntad. Él sabe muy bien tu flaqueza, y te consuela suavemente en el Evangelio, donde dice que, en naciendo Cristo, cantaron los santos ángeles estas muy delicadas palabras: “Paz a los hombres de buena voluntad”¹. No dijeron: Paz a los hombres de grande o perfecta santidad (aunque si esto dijeran mucha verdad dijeran), mas, para que los flacos y pequeñitos que son de buena voluntad se consolasen, alegres dijeron: “Paz a los hombres de buena voluntad”.

Si razonablemente haces lo que es de tu parte y deseas de veras agradar a Dios, sin duda que él premiará algún día excelentísimamente tu buen ánimo, tu trabajo tu deseo, y buena voluntad, *aunque tus buenas obras, ejercicios y oraciones tengan mucha desigualdad, y estén mezcladas con muchos defectos. Porque mientras no apartas tu voluntad de Dios, y te pesa y lloras muchas veces por tu imperfección y por tus muchas faltas, el Señor, por su inefable bondad juzga que tus obras merecen premio eterno.* Otra vez te digo, que mientras sustentas la buena voluntad, y te ocupas en la humildad y en las demás verdaderas virtudes, y con diligencia te apartas de los pecados, *estás en gracia de Dios y puedes morar y descansar alegremente en tu buena conciencia como en un paraíso ameno y deleitoso.*

Es cosa cierta que todos los bienes proceden de la buena voluntad y *cuando deseas tener humildad, caridad y otras cualesquiera virtudes, y eso lo quieres con toda la voluntad y haces lo que puedes; sin duda ninguna que las tienes ya delante de Dios.* De la misma suerte, *cuando con todo corazón deseas hacer alguna buena obra pero no puedes, Dios recibe la buena voluntad, como si fuera la misma obra. Y delante de Dios tan grande es tu deseo, cuan grande lo deseas tener y cuan grande querrías que fuese.* Pues con grande ánimo puedes orar de esta manera: “¡Ojalà, Señor, ojalá! por la gloria de tu nombre, te tuviera tanto amor y tanta afición, cuanta te tuvo jamás criatura ninguna. Piadosísimo Jesús, pido y deseo vehementísimamente estar siempre en ti elevado con entera voluntad y deseo perfecto;

¹ Lucas, 2, 14.

con todo corazón pido y deseo agradarte perfectamente, conforme a tu voluntad.

No todos son llamados a un gran rigor de vida.- No te acobardes, ni pienses que estás muy lejos de Dios, porque acaso no le puedes ofrecer grande austeridad y rigor de vida, o porque no sientes que allá dentro eres movido y llevado a imitarla; porque *no consiste en ella la perfección, ni la santidad verdadera sino en la mortificación de la propia voluntad y de los vicios, y en la humildad y caridad.* No leemos que fuese tan rigurosa y áspera la vida de la santísima Virgen María como la de la viuda Judit, y con todo eso fué más perfecta que la misma Judit. No van por el mismo camino en sus ejercicios exteriores todos los varones perfectos y amigos de Dios; aunque en lo interior todos, sin faltar ninguno, han de seguir el mismo camino, han de guardar la misma vereda, esto es; la de la humildad, y verdadera caridad o santo amor. Porque en su vida diferente traza siguió San Juan Bautista, de la que siguió San Juan Evangelista, mas porque entrambos eran humildes de veras y amaban de veras a Dios y al prójimo, por eso ambos agradaron mucho a Dios.

Alegrate y alaba a Dios, quien con su gracia hizo que muchos de sus siervos viviesen con grande rigor y aspereza; porque *con ese devoto agradecimiento y perfecto amor, harás que sus merecimientos sean en alguna manera tuyos, y recibirás de Dios premio y gloria por los bienes que puramente por amor de Dios amas en los otros. Y fuera de eso puedes ofrecer a Dios Padre, por la aspereza de vida que te falta, los ayunos, vigiliias, tribulaciones y la muy áspera pasión de Jesucristo.* Pero si, ayudándote Dios, siguieres algún día mayor aspereza de vida, mira que sea absolutamente a gloria de Dios; y no estribes mucho, ni confies en vida semejante, o en tus merecimientos, mas principalmente has de poner toda tu esperanza en la pasión de Cristo, en lo que satisfizo y ofreció por nosotros, y en sus merecimientos.

Los imperfectos no hay por qué teman.- No hay por qué

teman mucho los imperfectos, mientras procuren siempre ir adelante; y aunque no han de dejar jamás el santo temor de Dios, no tienen, digo, por qué temer desordenadamente; pues no ama solamente Cristo en su Cuerpo místico los ojos, que son los perfectos; sino también ama las manos y los pies, ama los más pequeñitos de sus miembros, ama los más menudos vasos de su misericordia, que los compró con su Muerte y Sangre preciosísima. muy ligeros y sueltos andan y corren los hijos grandes de Dios; pero los pequeños andan más floja y perezosamente. *Dichoso serías, si aún fueses del número de los hijos pequeños; pues todos ellos serán herederos del reino celestial. El mismo que crió a los grandes, crió a los pequeñitos; y Cristo no menos fué salvador de los pequeños que de los grandes.* Por todos derramó su sangre, a todos nos quiso redimir con su muerte, y ninguno hay a quien no alcance tan grande beneficio; si no es aquel que desventuradamente se priva de él por su culpa.

Utilicemos los méritos de Cristo que Él mismo nos entrega.- Créeme que el que es de veras humilde y de buena voluntad, tiene en Cristo, conforme a su buen deseo, todo lo bueno que le falta; tiene en Él toda santidad y perfección. Porque, realmente, para eso vino Cristo al mundo, para esto encarnó y padeció, para salvar a los pecadores que se humillasen, llevándolos a la eterna bienaventuranza y para pagar por ellos, para suplir y remediar sus faltas y para enriquecerlos con sus merecimientos. Como Padre fidelísimo atesoró para los hijos que amó en su eternidad. Suplícale, pues, que responda enteramente de tu gran deuda, y por ti satisfaga y supla tus faltas; ruégale que adorne tu alma mendiga y pobre con sus merecimientos y virtudes; *y pidiéndoselo, ten esperanza cierta, y confía en Él, que por su bondad inmensa hará lo que humildemente le pides.*

Porque si estás desconfiado, dudando y muy medroso, eres como el rústico a quien le quitan las vestiduras viles y groseras y le visten sin pensar, de otras reales y ricas, que no sabe andar con la decencia y compostura que pide el nuevo traje, mas anda

descompasadamente, conforme a su manera grosera, y con aire vulgar de un hombre sin educación.

Ofrécele al Padre eterno, su mismo unigénito Hijo Jesucristo, para entera paga de tus pecados y para suplir los merecimientos que a ti te faltan. Ofrécele todas las cosas que por ti hizo y padeció; ofrécele la encarnación, vida, trabajos, pasión, tormentos, sangre y muerte de tu mismo Redentor; *el valor y excelencia de esa ofrenda es del todo incomprensible. No puede haber pecados tan graves ni tan enormes, que no se limpien con los merecimientos de Cristo y con su preciosa Sangre, en el hombre de buena voluntad.*

Pide por los méritos de Cristo.- Puédese también decir a Dios Padre: “Padre clementísimo, por los merecimientos de tu querido Hijo Jesucristo, te ruego que tengas misericordia de mí, y me des tal o cual gracia, para eterna alabanza de tu nombre”. Porque todas las veces que se pide algo con devoción y espíritu en nombre del Hijo o por el Hijo, agrada mucho al Padre semejante petición; porque no tiene cosa ninguna que ame más que a su mismo Hijo.

Encomienda tus obras al Corazón de Cristo.- *Encomienda tus buenas obras y ejercicios al sacratísimo y sabrosísimo Corazón de Jesucristo, para que allí se enmienden y perfeccionen. Porque esto lo desea mucho aquel amantísimo Corazón, y siempre está aparejado a perfeccionar excelentísimamente todas tus imperfecciones.*

En Cristo eres rico.- Alégrate y regocíjate, porque, por mas pobre que seas de tu cosecha, *en tu Redentor eres muy rico, que quiso que fueses participante de sus merecimientos*, y que se hizo Hombre por ti, y por ti ayuno, trabajó, padeció tormentos, derramó su sangre y dió su vida. Ciertamente un gran tesoro tienes depositado en Él, si eres de veras humilde y de buena voluntad.

CAPÍTULO VIII

De la humildad, del conocimiento de sí mismo y de las tribulaciones

Humildad.- ¡Oh, cuántas alabanzas merece la santa humildad! Muchas veces te amonesto que sobre todo procures esta virtud, pues Cristo quiso que la aprendiésemos principalmente de Él. Porque dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” ¹. Esta enseñó siempre con ejemplo y doctrina, y así dice otra vez: “Si no os mudarais y os hiciereis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cieos” ². Esta es la que con grandísimo amor vió en su Madre y Virgen, como ella lo afirma diciendo: “Porque vió la bajeza y humildad de su sierva” ³. Por esta virtud fueron y son todos los santos, hombres a medida del Corazón de Cristo Señor nuestro. En una palabra, digo que *en esta virtud está cifrada toda la doctrina de la sabiduría y perfección cristiana*. En vano te persuades que tienes caridad y que el Espíritu Santo, que no descansa sino en el corazón humilde, hallará en el tuyo morada deleitosa y apacible, si no deseas y procuras ser humilde. *La caridad siempre anda junta con la humildad, y la humildad con la caridad; es imposible que uno tenga caridad si no es humilde*. Porque, como dice San Pablo: “La caridad no es arrogante, ni hinchada, no es ambiciosa ni vengativa, sino sufrida y benigna” ⁴. Tus obras y ejercicios, por más grandes que parezcan, son vanos y de ningún provecho, si no tienes humildad y caridad. Empero la humildad verdadera allá dentro en el corazón se ha de buscar; *si falta la humildad interior, no vale nada la exterior y es hipocresía*.

Conocerse a sí.- De manera que has de tener un corazón

¹ Mateo, 11, 29.

² Mateo, 18, 3.

³ Lucas, 1, 48.

⁴ 1a. Corintios 13, 4-5.

humilde y rendido; has de conocer tu nada, tu flaqueza y poca posibilidad; has de conocer tu ingratitud para con Dios, tu malicia y vileza. Por cierto, que de tu cosecha eres nada; y sin el favor y gracia de Dios no puedes tener un buen deseo, ni hacer una buena obra, ni aun tener un buen pensamiento. De tu cosecha siempre eres inclinado al mal, y si Dios no te guardase, no hay pecado tan horrendo y abominable que no lo hubieras cometido. Por lo cual, no te debes estimar en más que otro hombre ninguno por malo y pecador que sea. Si no has cometido pecados muy graves, realmente tienes mayor ocasión de humillarte y de reconocer la bondad de Dios, que no permitió que cayeses en ellos y te dió esfuerzo para vivir bien, que la que tiene aquel que después de cometidos muchos pecados alcanzó perdón y fué recibido en la gracia y amistad del Señor.

Nada tienes de sí el hombre sino el pecado.- Cualquiera cosa buena que tienes y haces, la has de atribuir a Dios y a su benignidad, pues sabes que no hay en ti cosa que sea propiamente tuya, sino el pecado, Y no te apropiés ni un hilo siquiera de los dones de Dios. Pues aunque tú solo hubieras hecho todas las buenas obras de todos los hombres, habías de quedar tan despojado de tu amor propio y de la vana estimación de tus obras, como si nunca hubieras hecho cosa buena. Mas si te atribuyeres y usurparas algo de los dones de Dios; y desearas ser muy estimado de los hombres por alguna gracia interior o exterior que tengas; sin duda es grande la soberbia que en ti está escondida, muchísimo has de aborrecer esta pestilencia muy perniciosa; y si acaso la sientes, no le des consentimiento. Dile a Dios: “Señor, yo querría más morir, que consentir en ella. Renuncio todo respeto humano, fuera de tu gloria” No solamente no te has de atribuir a ti cosa ninguna buena, sino que tienes de echarte a ti la culpa de todos los males que se hacen en el mundo. Confiesa que en ninguna manera mereces los dones y beneficios que recibes de Dios, y sábeselos agradecer. Confiesa que no mereces que te sustente la tierra.

Consuelo en las tribulaciones interiores.- Por cierto

sería muy justo que, pues tu has ofendido con tus pecados al Señor de suma majestad y santidad, el mismo Señor y todas sus criaturas te castigasen con espantosos tormentos. Por tanto no te maravilles, ni te turbes, cuando allá en lo interior te sientes seco, estéril, confuso, inconstante, desconsolado, y como dejado de Dios; y asimismo cuando te molestan graves y prolijas tribulaciones, angustias o tentaciones; cuando otros te estiman en poco, te persiguen y aun te lastiman la persona, te afrentan y maldicen. *Por ventura imaginas que está Dios contigo airado; mas esa es ira de padre, y procede del amor que te tiene. No te ha de descontentar Padre tan amable, porque consienta que seas afligido y atribulado. Amánsate, sufre, resignate y da gracias a Dios.* Ten un moderado temor, sabiendo que ve Dios en ti muchas faltas, cuando por ventura tú no ves sino una o ninguna; teme, te digo, y atribuye a tus pecados los trabajos que padeces, y confiesa que los merecías muy mayores; empero *de ninguna manera pienses que no te ama Dios por esos azotes que te envía, antes de ahí principalmente has de tomar confianza de que te quiere bien, porque “Dios castiga al que ama y azota aquel que recibe por hijo”*.¹ Canta en tu corazón estas palabras del profeta Miqueas: “Yo pondré mis ojos en el Señor, y en Dios esperaré mi salud. Sufiré el castigo y aflicción que me enviare (pues le ofendí) hasta que se vea mi pleito y me dé por libre. Sacame a la luz del descanso, de las tinieblas del trabajo en que estoy, y veré cuán justo es Dios en sus promesas”² Ruega a Jesucristo, tu Señor, que satisfaga Él mismo por tus pecados; y los trabajos que padeces, súfrellos por su amor.

Fuera de esto, perdona de corazón a aquellos que te enojan y molestan, todas las injurias que te han hecho, y muéstrate piadoso con ellos; dándoles bien por mal, llevando con paciencia y sosiego sus palabras ásperas, sus gestos terribles y sus obras crueles; y, finalmente, de todos los disgustos y desabrimientos que te hubieren dado a ti, o a tus amigos. Y porque no te parezcan

¹ Hebreos, 12, 6.

² Micheas, 7, 9.

estas cosas muy dificultosas de hacer, pon delante de los ojos de tu alma las que padeció Jesucristo, tu Señor, por ti, y el ejemplo que te dió; pues estando padeciendo no murmuraba, ni se enojaba o airaba, ni deseaba vengarse, antes rogaba benignísimamente por sus enemigos. ¿Por ventura no pensarías que te ha sucedido muy gran bien, si pudieses parecerte a tu Rey en alguna cosa?

Tribulaciones del hombre virtuoso.- Suelen algunas veces ofrecérsele al hombre virtuoso que busca a Dios de veras, gravísimas angustias y tribulaciones, ora sea por la indisposición de la complexión natural, ora por las influencias del clima y mudanza del tiempo, ora por obra del demonio, ora por otra alguna causa, permitiéndolo Dios así; y entonces este hombre espiritual que así se ve fatigado, pensando que no sirve a Dios, y que estos trabajos le vienen por pecados, suele perder la paz interior, y caer en una melancolía y turbación del alma. Si en semejante angustia te vieres, no has de querer echarla de ti luego violentamente, ni has de buscar muchas razones con que escaparte de ella, sino *recíbela con humildad, de mano del Señor, como cosa muy importante, para salud y remedio, y súbrela con un ánimo quieto y resignado, aunque te dure muchos años y aunque sea por toda la vida;* porque así Dios y los ángeles, encantados de tu humildad y paciencia, estarán siempre a tu lado muy complacidos.

Las tribulaciones son señal de la divina elección.- *Las tribulaciones en esta vida son excelentísimos dones de Dios; y no hay otra señal más cierta de que uno está predestinado que padecer adversidades con humildad y con ánimo resignado por amor de Dios.* El Señor apura, limpia, santifica, y adorna milagrosamente las almas de sus escogidos con fríos, calores, enfermedades y con otras molestias exteriores. Y a los que ve que no son para traer collares y joyeles de oro, los adorna siquiera con guirnaldas, esto es, con tribulaciones más fáciles y ligeras. Jamás permitiría que ni aún un ventecito muy delgado diese pena a sus escogidos si no supiese que les convenía a su salvación.

Del mérito de la paciencia.- *Más útil es al hombre sufrir una tribulación con paciencia, a honra de Dios o por su amor, que hacer grandes milagros y obras heroicas.* Dulcísimamente suena en los oídos de Dios la paciencia humilde y la resignación de sí mismo en los trabajos; y hace que se halle Dios al lado del hombre así afligido, para ayudarle. Por eso dice el Profeta: “Muy cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado”¹. Todo lo que ahora padeces y como lo padeces, lo tiene Dios visto muy de atrás, y en su eternidad vió la hora y el día en que lo habías de padecer. Fuera de eso no tienes por qué atemorizarte; pues el piadoso Señor no cargará sobre tus hombros más de lo que puedes llevar, pues sabe lo que puedes.

Confianza en Dios en las tribulaciones.- Él atravesará la mano entre ti y el fuego de la tribulación, para que no te lastime demasiado, como suele hacer la madre regaladísima cuando desnuda a su hijo junto al fuego. Ofrécele devotamente para su eterna alabanza todas tus tribulaciones y molestias, así grandes como pequeñas, unidas con la Pasión y tormentos que padeció Jesucristo, porque así le agradarán mucho a Dios nuestro Señor, y serán de inestimable merecimiento.

Te recomiendo que aprendas a recibir, como de las manos de Dios, y no de otras, todas las cosas que te sucedieren, así en el alma como en el cuerpo, y en otras cualesquiera cosas; porque cualquier suceso va registrado por el orden sapientísimo de Dios: y no te puede venir tribulación sin que Él lo permita. *Aunque todos los demonios te quisieren acometer con grande impetu, no podrían ni aun acercarse a ti, si no lo permitiese Dios; y así no hay por qué temas a ellos, sino a Él.*

Como te decía, aprende a recibir de mano de tan buen Señor todas las cosas, como lo mejor y más provechoso para ti; *aun cuando te suceda alguna aflicción y calamidad que por ventura te parezca contraria a tu salvación. Que no es posible que no te sea muy bueno y muy provechoso lo que puramente recibes de la*

¹ Salmo 33, 19.

mano de Dios, pues Él no da cosa ninguna al hombre de buena voluntad, que no sea muy buena y conveniente para su salud y remedio, lo cual es tan cierto, como es cierto que vive Dios. Si Él diese poder a Satanás para que con terribles y crueles tormentos te fatigase corporalmente por todo el restante de tu vida, por ventura juzgarías tú que era esa una desventura intolerable y que Dios procedía contra ti con un muy horrendo y espantoso juicio ¹; y con todo eso no solamente no sería dañoso a tu salvación, antes si lo recibieses de la mano de Jesucristo, y por su honra y amor lo sufrieses humildamente, te sería de grandísimo provecho.

Tampoco mires como venidas de otras manos, sino de las denignísimo Dios, aquellas aflicciones y cruces que te vienen por tu culpa o siendo tu la causa de ellas. No obstante siempre te ha de pesar del mal que hiciste, y no echés de ninguna manera la culpa a Dios, el cual jamás es autor de pecado; ni al demonio, que no te pudo hacer fuerza para que pecases; solo a ti te has de echar la culpa, que diste consentimiento al pecado.

En cualquier desabrimiento o molestia que te dieren las criaturas, vuelve luego los ojos del corazón a tu Criador y Padre celestial que lo permite, para tu provecho, por el mucho amor que te tiene; pon los ojos en Él más bien que en las criaturas que te dan esa molestia; porque ellas son como instrumentos, son el hacha y la azuela de que aquel soberano artífice usa como quiere y como ve que conviene a sus escogidos. Si te turbas y pierdes la paciencia todas las veces que hablan los hombres mal de ti o de tus cosas, o te hacen alguna injuria, señal que no tienes puesta en Dios la quietud y sosiego de tu alma, sino en los hombres, y de ellos la haces depender. Y si esto fuese así, tú serías harto miserable por cierto, y harto desagradecido en tus cosas.

¹ Crisóstomo, in lib. *De providentia Dei ad Stagirium monachum*, T. 5

CAPÍTULO IX

De la perfecta resignación

Resignación perfecta.- Resígnate totalmente en Dios, sujetando y conformando tu voluntad con la suya, y con su santísima disposición en todas las cosas; porque al fin, de esa manera y no de otra, alcanzarás firme y verdadera paz de corazón, y así se echará de ver claramente que tienes verdadero amor de Dios. Así que has de estar contento, ora te dé Dios adversidades, ora te dé prosperidades; ora quiera que estés en luz, ora que estés en tinieblas; sufriendo con todas tus fuerzas igualmente, y con ánimo sosegado cualesquiera desigualdades, alabando a Dios y dándole gracias. Cuanto te pareciere que te pudres y consumes con una grande confusión y sequedad, y que eres fatigado de grandes angustias, *si conformándote con la divina voluntad sufres por amor de Dios aquella miseria y aflicción con un sosiego amoroso, le agradas más en eso a Dios, que si fueses interiormente alumbrado con grandes revelaciones del cielo, y en tu alma estuviesen todas las cosas floridas.*

En la pena y tribulación no es tan fácil al hombre buscarse a sí mismo como en la abundancia de dulzura y consolaciones sensibles; porque de ordinario la naturaleza se mezcla en estos favores, y si el alma no vigila cuidadosamente, pronto se mancha con algún desorden, entregándose excesivamente a estos deleites. En verdad no puede dejar de suceder que sufriendo con paciencia por la gloria de Dios, no se experimente también algo de su dulzura. Quizá no se experimente ningún gusto sensible, si el Señor se esconde por algún tiempo; no obstante, la conciencia que se tiene de querer sufrir esta pena por la gloria de Dios, la vuelve sabrosa.

Si la voluntad de Dios te es suave, cuando quiere que tengas salud y que vivas, y te es amarga y desabrida cuando quiere que estés enfermo o que mueras; no estas enteramente resignado, aun

no tienes el corazón ajustado con la voluntad de Dios. Si deseas que tu corazón no esté torcido, sujétale en todas las cosas de la voluntad de Dios, la cual siempre es derecha. Deja que Dios haga contigo lo que quisiere, y como quisiere, en vida y en muerte, en el tiempo y en la eternidad. Dios, aceptándolo tú de buen grado, haga de tu alma y de tu cuerpo, de tus amigos, de tus cosas y de todos tus negocios como más gusto le diere. Desea sobre todo que se haga siempre su voluntad; y *la misma voluntad divina sea tu sumo consuelo*.

Dile a Dios: “Señor, como tú lo quisiste en tu eternidad, así se haga, y no como yo quiero; hágase en mí y de mí y de todos los hombres y de todos los negocios tu agradable voluntad, ahora y eternamente.” Ninguna cosa mejor puedes pedirle a Jesucristo, ninguna oración más excelente puedes hacer en su acatamiento, que pedir que se cumpla su voluntad. Aunque haya pocos días que comenzaste a enmendar la vida y hubieses de morir luego, con todo eso has de estar resignado; y no quieras saber ni escudriñar si acaso, al morir, enviará Jesucristo tu alma al purgatorio o si la recibirá en el cielo. Así te ha de dar gusto la dulzura de la misericordia, de manera que no te disguste la hermosura de su justicia. Esta es la voz del hombre bien resignado: “Señor Dios mío, si yo supiera que es de tu gloria que después de mi muerte fuese yo atormentado en el fuego del purgatorio por espacio de cincuenta años, luego me echaría a tus pies y recibiría con una voluntad muy aparejada aquellas penas, a gloria y honra tuya”.

Orden para alcanzar indulgencia de culpa y pena.- Afirman los santos, que con la misma facilidad con que se consume una gota muy pequeña de agua en un gran horno, alcanzará indulgencia plenaria de todos sus pecados, y de las penas debidas por ellos, aquel que igualmente quiere y ama que use Dios con él así de su justicia, como de su misericordia, a gloria eterna del mismo Dios. A ti que eres hombre de buena voluntad, quiere Dios hacer bien; quiere que juntamente con Él

goces de la eterna bienaventuranza; y quiere Él esto, porque es sumamente bueno y misericordioso. Porque aquel riquísimo Criador no tiene necesidad de tus bienes; tan sólo pide un corazón convertido a sí, humilde, resignado y firme en una santa confianza en Él, como lo halló en aquel ladrón a quien dijo, estando crucificado: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”¹. *Si tuvieres así el corazón, de ningún modo podrás ser apartado de Jesucristo tu Dios. Pues Él te ayudará en vida y en muerte, con una afición más que de padre, y te amparará y consolará. Hará sin duda lo que por su profeta ha prometido, diciendo: “Así como la madre consuela a sus hijos, os consolaré yo a vosotros, y seréis consolados en Jerusalén; vuestros ojos lo verán y gozaros habéis y vuestro corazón se alegrará”*²

De manera que así en vida como en muerte, te has de encomendar a ti y todas tus cosas en la providencia de Dios, y arrojar en Él toda tu solicitud;³ pero ha de ser haciendo con prudencia lo que es de tu parte. Apóyate y descansa firmemente en su benignidad y bondad, y totalmente confía en Él, suceda lo que sucediere. Porque es cosa cierta que tiene Él de ti mayor cuidado, que tú lo podrías tener.

Con qué amor nos ama Dios.- El Señor te ama a ti, y tu salud y remedio grandemente, pues por sola su piedad te hizo a su imagen y semejanza, y por su purísimo y encendidísimo amor quiso hacerse hombre, padecer y morir por tí. Y ama tan ardientemente a los que le honran con un culto santo y amor sincero, que parecería que su felicidad y su esencia misma dependiese de ellos. Si con la caridad con que Dios te ama se comparase el amor que tuvieron, tienen y tendrán jamás todos los padres para con sus hijos, sería como una gota de agua, muy pequeña, comparada con el anchísimo mar.

Y en ninguna manera debes dudar del infinito amor que te tiene,

¹ Lucas, 23, 43.

² Isaías, 66, 13-14.

³ Mateo, 6, 25; 1a. S. Pedro, 5, 7; Salmo 54, 23.

porque tal vez has vivido toda o casi toda tu vida mal y en la iniquidad. Pues aunque las maldades y pecados con que ofendiste a Dios sean sin número y totalmente abominables, puesto que los confesaste ya, y les has vuelto el rostro y los has dejado, y te convertiste a Dios de veras, y no es tu humildad fingida y deseas mucho y procuras servir a Dios y agradecerle, *verdaderamente eres amado del Señor y de toda aquella Corte del cielo.* Dios, que te dió la verdadera contricción, te dió sin duda también el perdón y *no mira qué tal hayas sido, sino qué tal eres ahora o deseas ser.* Por cierto, es grande honra de Dios que se digne recibir tan misericordiosa y benignamente al pecador miserable que se vuelve a Él. Y aun los cortesanos del cielo, viendo que aquella suma Majestad se allana con tanta piedad a recibir por esposa a un alma pecadora, se deshacen con cánticos suavísimos de diversas alabanzas. Cree sin dudar en lo más mínimo que te quiere Dios con inmenso amor; cree también que ese Señor que te ama tanto; quiere y puede disponer tus cosas de manera que te salves. Ninguna cosa desea más de ti, ni te pide con mayor instancia, que la resignación humilde de ti mismo en todas las cosas, y la negación de tu propia voluntad y una perfecta confianza en Él.

Consuelos cuando nos falta resignación sensible.- Si no puedes como querías resignarte con tan libre y entero corazón; si te sientes medroso y cobarde por alguna adversidad, o por la muerte que se acerca, no te turbes por eso. Aun para consolarte en su flaqueza, quiso el mismo Cristo, estando cercano a su pasión y muerte, entristecerse y temer ¹. Así que debes depositar todo tu temor en el abismo de su misericordia y bondad; y ya que no puedes con un corazón dispuesto, dile siquiera con la boca devotamente: “Señor, yo me ofrezco, resigno y pongo en tus manos, hágase tu voluntad”. *Sucede muchas veces que recibe con más ánimo y confianza las adversidades aquel que no siente la voluntad resignada y que en lo interior las sufre más fuertemente, que no el que ya tenía su voluntad resignada desde*

¹ Mateo, 26, 37.

el principio. Desécha con cuidado de tu alma la tristeza desordenada, y (como está dicho arriba) apóyate y confía en la benignidad de Dios firmemente, diciendo con el Santo Job: “Aunque el Señor me quitare la vida, esperaré en Él”¹ Porque también el profeta Isaías te lo persuade diciendo: “Quien anduvo en tinieblas y le falta la luz, espere en el Señor y confíe en su Dios”.² Es imposible que Dios desampare a un hombre que espera en Él, si tiene fe recta y buena voluntad, por eso dice Él: Yo lo libraré, porque esperó en Mí.³

CAPÍTULO X

Del recogimiento interior del misterio de la Trinidad

Presencia de Dios.- Acude muchas veces con los ojos de tu alma a tu Dios y Señor, y anda con gran reverencia en su acatamiento, el cual con la Majestad de su presencia y con la grandeza de su virtud y poder, está en todo lugar, como Él mismo lo dice por Jeremías: Yo lleno el cielo y la tierra”.⁴

Dios en todo lugar está presente, pero ningún lugar lo contiene, ni encierra. En todas partes está todo sin división, y ninguna cosa sucia lo contamina. lo que mancha o ensucia las cosas exteriormente, sólo es mancha para los sentidos, pero no para el espíritu. Ninguna cosa es sucia para Dios, sino el pecado, y ése tampoco puede ensuciar a Dios; así como no se ensucia la claridad del sol, aunque alumbre los albañares y lugares sucios. Si preguntas

¹ Job, 13, 15.

² Isaías, 50, 10.

³ Salmo, 90, 14.

⁴ Jeremías, 23, 24.

adónde estaba Dios antes que criase el mundo, respondo que estaba consigo mismo y en sí mismo. Pues Dios, que está en todas partes, penetra todas las criaturas, y por su esencia simplicísima y oculta está más íntimo en ellas, que ellas en sí mismas. Dios es el ser de todas las cosas, porque de Él penden todas las cosas creadas, y sin Él todas no son nada, y si Él no las conservase, al punto se volverían a la nada que son. Todas las cosas están en Dios, como quien en virtud las contiene todas y las rige. Y así San Pablo, en los Actos de los Apóstoles, dice que nosotros “vivimos en Dios, y en Él tenemos ser”.¹

Asimismo están en Dios todas las cosas, según su idea; porque todas las ideas o formas ejemplares e inteligibles de las cosas estuvieron en el conocimiento y ciencia de Dios desde su eternidad, y allí están firmes y sin mudarse jamás, y allí son vida; y el mismo Dios o la divina esencia es una idea, traza y original de todas las cosas criadas, y las representa todas espiritualmente. Y así, en diciendo el evangelista San Juan que todas las cosas fueron hechas por aquella razón eterna y Verbo divino, y que ninguna cosa fué hecha sin Él, añade luego: “En Él estaba la vida”² Como decíamos: Dios está en todas las cosas, y en las criaturas racionales, que son a su imagen y semejanza, está mucho más noblemente, aunque los malos no lo sientan, paraciéndoles que está muy lejos. Cualquier pecador se aleja de Dios por la semejanza de su gracia. De manera que en los buenos también está Dios por su gracia saludable; en los cortesanos del cielo, por la clara manifestación de su gloria, y en los que están en el infierno, por la conveniente ejecución de su justicia. Dichosa el alma que, amando a Dios enteramente, sabe en este destierro contemplar su presencia, ayudada de su gracia, con ojos libres, claros, serenos y simples.

Misterio de la Trinidad.- Cuando se te ofreciere a la memoria el misterio de la Santísima Trinidad, no te forjes tres dioses, como los gentiles, mas cree que el Padre, el Hijo y el

¹ Actos, 17, 18.

² Juan, 1. 3, 4.

Espíritu Santo son un Dios, la plenitud infinita de esencia, vida, poder, santidad, sabiduría, bondad, suavidad, hermosura, riqueza, nobleza, bienaventuranza, gloria y de toda perfección. Cree, pues, tres Personas eternas y no criadas, una substancia o naturaleza que excede infinitamente a todas las criaturas; inmensa, que no depende de otra, ni tiene necesidad de nada; por sí tiene ser, y es para sí suficientísima, sumamente resplandeciente, sumamente hermosa, sumamente alegre, sumamente quieta, sumamente amable, sumamente perfecta, superesencial y simplicísima, la cual no se puede ver con ojos corruptibles, ni se puede comprender con entendimiento ninguno. Adora y reverencia la unidad de la substancia en la Trinidad de las personas, y la Trinidad de las personas en la unidad de la substancia. Una esencia indivisible son tres personas y tres personas son una indivisible esencia. El Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo, en lo que toca a la substancia, son totalmente una cosa, aunque entre las personas hay grande diferencia. Otra es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero no es otra y diferente la esencia del Padre, y otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; porque una es la substancia, una la naturaleza, una la divinidad y una la majestad del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así como confesamos que el Padre no es engendrado, que es perfecto e inmutable Dios, o que hay en el Padre una entera y verdadera divinidad; así hemos de confesar que el Hijo, que es engendrado del Padre, es Dios perfecto e inmutable; y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, el cual es el amor del Padre y del Hijo, es Dios perfecto e inmutable. Empero el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo no son tres dioses, sino un Dios perfecto e inmutable, un Señor, un eterno, un omnipotente, un principio de todas las cosas criadas. Cuanto a la substancia o naturaleza. Todo lo que hay en una persona, todo lo hay en cualquiera de las otras; y una sola no tiene más que todas tres juntas, ni todas tres juntas tienen más que una sola. El Padre, de sí mismo tiene el ser, y es la esencia eterna de sí misma, y no recibe nada de otro. El Hijo no tiene el ser de sí

mismo, porque lo tiene de solo el Padre, y todo cuanto tiene lo tiene del Padre. Tampoco el Espíritu Santo tiene el ser de sí mismo, sino del Padre y del Hijo es el ser que tiene. El Padre se comunica todo al Hijo; por-que le da todo su ser divino, o toda su divinidad, y juntamente con el Hijo comunica toda su divinidad al Espíritu Santo. Empero en la gloriosa Trinidad no hay primero ni postrero, ni hay mayor ni menor; mas las tres divinas personas en las cuales hay una misma substancia, son igualmente eternas y sumamente iguales y sumamente semejantes, y entre sí están unidas. En el Padre está todo el Hijo y todo el Espíritu Santo; en el Hijo está todo el Padre, y todo el Espíritu Santo; y en el Espíritu Santo está todo el Padre, y todo el Hijo. Y aunque el Poder se atribuya al Padre, y la sabiduría al Hijo, y la bondad al Espíritu Santo, uno y el mismo es el poder, la sabiduría y la pura bondad de todas las tres personas. La persona del Hijo y no la del Padre, ni la del Espíritu Santo, tomó la naturaleza humana; empero toda la Trinidad obró la Encarnación del Hijo, porque así como es una la esencia de todas las tres personas, así también es una misma la obra y una la voluntad.

La imagen de la santísima Trinidad en el hombre.- Hermosísimamente resplandece en el alma del hombre la imagen de la santísima Trinidad. Porque el alma racional, como los ángeles, tiene tres potencias naturales muy excelentes, esto es, memoria, entendimiento y voluntad, las cuales puso Dios en ella, para que con la memoria se pudiese acordar de Dios, con el entendimiento pudiese conocerlo, y con la voluntad escogerlo, amarlo y gozar de Él. Y así como el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo son un Dios, o una divina substancia, así aquellas tres superiores y espirituales potencias del alma son un alma y una esencia. Las tres personas eternas e inseparables de la divinidad obran sin separarse ni dividirse; y las tres potencias dichas, inseparables también, no pueden separarse en la acción. Porque la memoria no se acuerda sin el entendimiento y la voluntad, ni el entendimiento conoce nada sin la memoria y la voluntad, ni la

voluntad escoge ni ama cosa ninguna sin la memoria y el entendimiento. Estas tres potencias del alma son sus tres sentidos espirituales; porque la vista se atribuye al entendimiento, el oír a la memoria, el oler, gustar y tocar a la voluntad. Y así como el espíritu es más excelente que el cuerpo, así aquellas potencias o sentidos del alma son más perfectos y más excelentes que los sentidos del cuerpo. Empero aquella alma, que elevada sobre sus fuerzas naturales merece hallar a Dios en su simple esencia, y en el muy secreto centro de su alma, y unirse con Él sin medio ninguno, ve, oye, huele, gusta, toca un no sé qué, que no es posible decirse con palabras.

El misterio de la Trinidad es inefable.- No hables del misterio de la altísima Trinidad sino con tiento y templadamente; porque es tan imposible querer explicarlo, como lo es tocar un hombre con el dedo en el cielo, estando en la tierra. Porque ¿quién dirá o entenderá cómo el Padre, mirando clarísimamente su eterna esencia y conociéndose a sí mismo perfectamente, pronuncia su palabra o engendra a su Hijo de su misma substancia, igual y eterno juntamente con Él? Porque aquel conocimiento de sí mismo en la eternidad es la generación de su Hijo. Asimismo ¿quién podrá comprender cómo el Espíritu Santo procede y mana del Padre, y del Hijo, siendo de una misma substancia igual y eterna con ellos? Estas cosas exceden toda la capacidad del entendimiento humano.

Comparación.- Empero, para que por una semejanza sensible se confirme también en ti esta fe, en que debes creer que el Hijo es eterno, y el Espíritu Santo es eterno, como el Padre (de quien proceden y tienen su origen) es eterno; mira con atención cómo el resplandor y calor proceden del fuego, o de la llama, los cuales no son ni un momento después que el fuego. Porque al mismo punto que es fuego echa de sí resplandor y calor, y nunca pudo haber fuego sin que hubiese resplandor y calor; de manera que si el fuego fuese eterno, también sería el resplandor eterno, y el calor

eterno. Ni más ni menos el resplandor y el calor que proceden del sol, son del mismo tiempo que el sol. Y así como aquella incomprensible generación y procesión en la santísima Trinidad nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin; porque si hubiera tenido principio, o si hubiera de acabar, alguna mudanza se hubiera hecho, o se hiciera, en la divinidad, lo cual totalmente es imposible; porque la substancia y naturaleza divina es in-mutable. Como cualquiera de las divinas personas sea de infinita perfección y la una vea clarísimamente a la otra y perfec-tísimamente la comprenda, realmente se aman entre sí todas tres personas, con un ardentísimo y suavísimo amor, y de todo punto infinito. Empero mucho mejor es sentir allá en lo interior algo de este divino misterio, que decir de él con la boca muchas cosas.

Tú, en lo que no puedes alcanzar con la razón y entendimiento, conservando la fe entera y creyendo firmemente lo que cree la Iglesia católica, ocúpate en la humildad y en el amor.

Considera las perfecciones de Dios.- Considera con toda devoción la bondad, dulzura, hermosura, piedad, misericordia, caridad, fidelidad y las otras perfecciones amables e infinitas de tu Dios y Señor, las cuales todas son infinitas e incomprensibles.

Si te da gusto levantar el espíritu al dulcísimo Jesús con algunas palabras amorosas y jaculatorias, puedes, o con el alma, o con la boca, decir estas u otras semejantes: “¡Oh. buen Jesús, ojalá, estuviese yo en tu acatamiento inocente y limpio!.- ¡Ojalá te agradase con humildad verdadera y con perfecta resignación de mi mismo! ¡Oh, mi amado y mi querido! ¡Oh dulzura de mi corazón, vida de mi alma! ¡Oh, puro gozo mío y mis castos deleites! ¡Oh , Señor Dios mío!, ¿qué quiero yo fuera de ti? Tu sólo me bastas; tú eres único y alegre bien mío. Yo deseo suavemente abrazarte con los brazos de mi alma. ¡Ea! Señor, enciéndeme y abrázame con el fuego de tu divino amor. Concédeme que te ame con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, conforme a tu agradable voluntad, etc.

Moderación.- No seas exagerado en estas cosas, ni pongas más fuerza en ellas de la que conviene, sino guarda en ellas una moderación discreta con gran diligencia, no te lastimes y dañes la cabeza, ni te fatigues ni consumas. y si de los ejercicios espirituales te resultare algún dolor, ofrécelo a Dios en alabanza eterna. No permite que Dios descanse en él quien procura hacer arrobamientos sin cesar, y elevarse en Dios, poniendo demasiado ahinco y violencia, sin considerar la medida de sus fuerzas. Empero, los malos pensamientos, con otros buenos se han de echar, y los ojos del corazón se han de volver a Dios, que está presente en todo lugar, con amor, con suavidad y simplemente. Por cierto que el que ama a Dios es forzoso que se acuerde de Él muchísimas veces, si no lo impidieren otros pensamientos; así como el que padece terrible sed, no así se olvida fácilmente de ella. Por que allí van los ojos y el pensamiento a donde está el amor y el cuidado. Cada uno ha de considerar con prudencia la medida de la gracia que ha recibido de Dios; porque el Espíritu Santo reparte sus dones diferentemente.

Orar cada día.- Por aquellas palabras del Evangelio: “Conviene siempre orar sin cesar”¹, y por éstas de San Pablo: “Orad sin cesar”²; no se nos manda continuar el ejercicio de la oración sin descansar, pues no lo puede cumplir la flaqueza humana, mas lo que nos aconseja es que no dejemos la oración, de suerte que cada día dediquemos a ella, con diligencia, ciertas horas. Y es cierto que el hombre de buena voluntad que siempre hace el bien y refiere todas sus obras a gloria de Dios, siempre está orando.

Lectura sagrada.- No sacas menos fruto, sino por ventura mayor que si orases, cuando te ocupas como conviene en la lectura de la Escritura Sagrada, o haces otra cualquiera cosa buena a gloria de Dios. *Porque no solamente las oraciones son las que adornan el alma maravillosamente, sino también cualesquiera*

¹ Lucas, 18. 1.

² 1a. Tesalonicenses, 5, 16.

palabras saludables, oídas o leídas y cualesquiera buenas obras o pensamientos.

Verdaderamente que saca muchos y grandes provechos el alma del hombre virtuoso de la doctrina espiritual, porque se conserva limpia, quita la ignorancia, le da la paz y la ilumina y la sustenta; sirve para despertarla y animarla; y recibe notable hermosura. Lee, pues, y oye de buena gana la palabra de Dios, y la doctrina santa de cualquier hombre que la diga y por más llana y simplemente que se predique y escriba; empero abomina de la doctrina estragada y pestilencial de los herejes. *Aunque un hombre no entienda perfectamente ni pueda retener en la memoria las cosas devotas que oye o lee a gloria de Dios; con todo eso son de mucho provecho para el alma.* Por cierto que, a lo menos, no pierde el hombre el tiempo, ni mientras oye o lee semejantes cosas; y piérdele sin duda, cuando lee muchas cosas y muy buenas, si le falta la pura y buena intención.

Variedad de ejercicios.- No te has de ocupar mucho tiempo en un mismo ejercicio, para que no te dé fastidio, y te haga perezoso, sino que con discreción deben variarse los ejercicios.

Si te faltan las lágrimas extteriores en tus oraciones o meditaciones y en otras ocupaciones santas, no por eso te turbes; porque no le faltan las lágrimas interiores al hombre que desea agradecer a Dios, y aunque no lloren los ojos, llora el corazón. *Ofrécele a Dios Padre, por las lágrimas que no tienes, las lágrimas de Cristo.* Algunos, realmente, es razón que eviten con gran diligencia muchas veces la grande alteración que suele proceder de la compunción o dolor sensible, porque no dañe a la salud y buena disposición del cuerpo, ni a la quietud y sosiego del alma.

Ocúpate en Dios y en las cosas divinas y espirituales, con alegre, libre, y simple corazón, sin congojarte demasiado y sin extender ni aplicar el entendimiento demasiadamente. En los ejercicios espirituales, antes has de buscar la gloria de Dios, que tu propio interés y tu propio deleite. Renuncia enteramente a tu propio querer y contentamiento, de suerte que estés siempre

aparejado para cortar el hilo, y aun dejar tus particulares devociones cuando supieres que Dios lo quiere así, o que lo requiere alguna justa causa. Hallarse han algunos, que se han encargado, por su propio gusto, de rezar cada día ciertas oraciones, y si les es forzoso dejarlas por negocios o necesidades que se ofrecen, o por la santa obediencia, se inquietan y turban completamente; pero este propio gusto es razón que se deje. Dicen los santos, que cuando alguno orare delante de otros, no ha de hacer en la oración gestos extraordinarios y extremados, hiriendo fuertemente y muchos veces los pechos; dando grandes suspiros, levantando las manos a lo alto, etcétera. Algunos, estando sentados, oran con más fervor que si estuviesen de rodillas; otros rezan mejor de pie, o paseando; toma tú la postura que sientes que te hace más al caso, pero de suerte que en todas las cosas tengas discreción y gran cuenta con no escandalizar a nadie. Así la oración vocal, como la mental si está bien hecha, agrada mucho a Dios.

Pensar en Jesucristo.- Ruégote que te acuerdes de las cosas que el dulcísimo Jesús (que es Dios, Señor, Padre y Hermano tuyo) hizo por ti, y dale gracias con devoto corazón. Él se hizo Hombre por ti. Él siempre y a donde quiera que estuviese se acordaba de ti, y te traía delante los ojos de su alma; haciendo y sufriendo de buena gana todas las cosas por tu salud y remedio. Mira con atención, e imita cuanto te fuera posible, su humildad, su resignación, su paciencia, su caridad, su benignidad, su modestia, su continencia, su templanza, y todas las otras virtudes que resplandecen en Él perfectísimamente.

El libro de todos.- La vida de Cristo es libro muy excelente, común para los doctos e indoctos, para los perfectos e imperfectos que desean agradar a Dios. Quien bien pasa este libro, se hace muy sabio, y alcanza fácilmente perdón de sus pecados, mortificación de sus malas inclinaciones, luz para el alma, paz y tranquilidad para la conciencia, y firme esperanza en Dios, fundada en perfecto amor. Aunque se quitasen cuantos

libros hay en el mundo, la vida y pasión de Cristo bastaría a todos los cristianos suficientemente, para aprender muy bien toda virtud. *Y todas las cosas que Jesucristo nuestro Señor hizo y padeció las has de recibir y considerar como si solamente por ti las hubiera hecho y padecido.* Porque, no menos te aprovechan a tí todas, que si tú solo hubieras de ser redimido por Cristo; y si no hubiera de redimir sino sólo a ti, por ti sólo hubiera querido hacerse hombre con grandísima prontitud, y padecer y morir; tanta sed tiene de tu salvación, y tan encendidamente te ama.

La memoria de la pasión de Cristo.- Ten guardada en lo más secreto de tu corazón, como una perla muy preciosa, su sacratísima pasión, y reflexiona en ella con ánimo agradecido. Ahí verás como tu Señor por su infinita caridad quiso padecer cosas muy viles y espantosas, para satisfacer por tus pecados y redimirte. Pinta tu alma con las imágenes suavísimas de su pasión, y en medio de tu corazón planta el florido árbol de la cruz del Señor. Escoge como Esposo muy querido de tu alma al mismo Jesucristo, atormentado y consumido con llagas y heridas; y contéplalo y abrázalo amorosamente. Porque de sus coloradas y floridas llagas manan ríos suavísimos de gracias. Verdaderamente gusta del vino de la vida eterna y conoce muy bien cuán deleitoso paraíso sea el dulcísimo Jesús, aquel que sabe llegar la boca de su alma al costado abierto y morar en él, y llegar a lo íntimo de su corazón. No se puede escribir ni comprender con el pensamiento, cuán grande sea el fruto que saca el hombre humilde y de buena voluntad, de la meditación devota de la pasión del Señor. *Aunque este tal lea o rumie algo de la vida y pasión de Cristo con poco espíritu, no es posible que deje de sacar de allí mucho provecho;* así como el que mete los dedos en la harina no es posible que deje de sacarlos cubiertos de ella. Sin embargo, aquel que sin acordarse de la verdadera humildad, paciencia y resignación, considera en la misma pasión aunque sea con grandes lágrimas, por cierto, poco o ningún fruto sacará de semejante meditación.

Qué es lo que principalmente habemos de pedir.- *No te desconsueles porque en esta vida no te levante Dios a algún grado más alto de contemplación; sino pídele con mucha instancia que te dé buena y humilde y resignada voluntad, y que tela conserve hasta la muerte; pídele que te dé su favor, para que puedas vivir siempre conforme a su muy agradable voluntad. Y porque careces de alas con que volar a lo alto, estate como un pollito pequeño de la divina y amorosa gallina, esto es, debajo de las alas de la eterna sabiduría, encarnada por tu amor.*

Escóndete y descansa en la santísima humanidad de Cristo. Porque ella te será un navío segurísimo con que puedas llegar a salvamento, por el mar tempestuoso de este siglo, aunque no conozcas ni tengas entera noticia de la divinidad, donde muchas veces el cuerpo corruptible impide al alma y le estorba la consideración de las cosas celestiales, y la morada de tierra de este cuerpo enmaraza el entendimiento con varias ocupaciones. Pero si el soberano Dios alumbrase tu alma con su luz, y te transformase en su divina claridad, tendrías más alto conocimiento de la misma divinidad. Mas pon en Cristo los ojos del alma (como te hemos aconsejado arriba) y considéralo no como hombre solo, sino como verdadero Dios y verdadero hombre. Considéralo como una piedra preciosa excelentísima de la divina nobleza y como una flor hermosísima de la naturaleza humana. Pues aunque no puedas ver los rayos lucidísimos de la divinidad, puedes creer que esa resplandeciente divinidad mora en la humanidad y en el cuerpo de Cristo como en un templo muy venerable.¹ Si esto creyeres, y así te alejarás de su divinidad, antes la tendrás para gran bien y provecho tuyo.

La encarnación del Verbo.- Cuando el mismo unigénito Hijo de Dios, para salvación del mundo fué concebido por obra del Espíritu Santo en las entrañas de la santísima Virgen, tomó en sí lo que no era y quedó lo que antes era. La naturaleza divina y humana (que son muy diferentes) fueron maravillosamente

¹ Colosenses, 2, 9.

unidas. No se mudó la divinidad en carne (porque no puede haber mudanza en la naturaleza divina), pero Dios juntó a sí la humanidad. Ambas naturalezas quedaron enteras, sin que la una quitase sus propiedades a la otra. porque entonces el Verbo eterno, el alma racional y la carne humana se juntaron en una persona; de suerte que aquellas tres cosas son una persona, un Cristo. Por cuya maravillosa unión el alma santísima de Cristo desde el principio de su creación contemplaba siempre clarísimamente en la gloriosa Trinidad. De aquí es que, cuando Cristo padecía y estaba colgado en la cruz, gozaba de la divinidad, como ahora goza en el cielo cuanto a la parte superior del alma; mas en la carne y potencias inferiores y sensitivas era terriblemente atormentado. Y porque su pasión fuese más penosa y amarga, no dió entonces lugar a que el consuelo que estaba en la parte superior del alma, se comunicase a la inferior y parte sensitiva. Y por esta razón, viéndose en la cruz tan afligido y desamparado de todo consuelo, daba voces de parte de la humanidad, diciendo: “Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?”¹ Este Hijo de Dios vivo, Verbo y Sabiduría del Padre, luz verdadera y no criada, cuanto a la divinidad, donde quiera está presente, es igual con el Padre y con el Espíritu Santo; pero cuanto a la humanidad, es menor que el Padre y que el Espíritu Santo, y aun menor que sí mismo en cuanto Dios; porque no puede ser igual la criatura con el Criador. Y, realmente, la humanidad de Jesucristo es la misma puerta por donde se entra en la divinidad.

¿Por ventura deseas oír más claramente cuando la santísima Trinidad, que es Dios, crió el cuerpo y el alma de Cristo? Está, pues, atento. Luego que la bienaventurada Virgen María, por su humilde resignación dió el sí, diciendo al Ángel que traía la embajada de la Encarnación del Hijo de Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra:”², descendió el Espíritu Santo en ella y en un punto el mismo Espíritu con el Padre y con

¹ Salmo 21, 1; Mateo, 27, 46.

² Lucas, 1, 38.

el Hijo, de la purísima sangre de la misma Sagrada Virgen formó un cuerpecito humano, acabado y perfecto con todos sus miembros; crió en el mismo punto el alma racional, la cual juntó con el mismo cuerpo en aquel mismo instante de tiempo. los cuerpos de los otros niños no se forman y perfeccionan de repente con todos sus miembros, sino poco a poco; y cuando en el seno de su madre están perfectos, cría Dios en un punto el alma, y, criándola, juntamente la infunde en el cuerpo.¹

Así que el camino y puerta (como hemos dicho) por donde se llega a la divinidad, es la humanidad; y *ninguno que trate la quietud de la más alta contemplación y de la divina unión, va seguro, si con diligencia no trabaja por imitar las virtudes santísimas de Cristo*, y por imprimir en su alma la amorosa imagen de su humanidad, por la devota meditación.

CAPÍTULO XI

De la mística unión, de las revelaciones ²

La unión con Dios.- Gran cosa es, verdaderamente gran cosa, en el tiempo de este miserable destierro juntarse con Dios en su divina luz por la secreta y pura unión. Y esto se hace cuando el alma, limpia, humilde y resignada, encendida con el fuego de la caridad por la divina gracia, es levantada sobre sí misma; y a una muy grande luz divina, que da de lleno en lo más alto de ella, pierde toda la consideración y distinción de las cosas visibles y deja las imágenes y formas de las cosas de acá, aunque sean muy excelentes, y toda desecha y derretida en amor, y casi reducida a nada, se pasa a Dios.

¹ El Venerable Blosio repetía con esto la opinión de los teólogos de su tiempo sobre la animación mediata. Pero hoy la opinión generalmente admitida es que la creación del alma sigue inmediatamente a la infusión de vida en el cuerpo del infante. (Nota del Editor).

² Este capítulo completa la última parte del DIRECTORIO ESPIRITUAL, cap. XII.

Porque entonces sin ningún medio se junta a Dios y se hace un espíritu con Él, y se transforma y muda en Él, como el hierro puesto en el fuego se muda en fuego, no dejando de ser hierro. Hácese una cosa con Dios, pero no que sea de la misma substancia y naturaleza que Dios.

Aquí descansa el alma y cesa de toda propia acción, y llevando dulcemente que obre en ella aquel soberano artífice, Dios, una obra de grandísimo gusto, está llena de paz y gozo inefable.

Es tanto el gusto que aquí recibe, que el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene, comparado con el gran consuelo de que entonces goza, le parece que pueden dejar de existir y volverse en nada. Porque esta misma alma elevada sobre lo que pueden las fuerzas naturales, llega al íntimo silencio y sosiego de su esencia, donde está la unidad y simplicidad, y donde mora Dios, y hallando ya la verdad eterna (que es su propio objeto y lo que ella busca, aunque todavía algo escondido y cubierto aun a los muy amigos) posee grandísimas riquezas.

Venturosa alma, por cierto, aquella que, levantada sobre todas las cosas criadas y aun sobre lo que puede su acción personal, en la memoria es despojada de todas las imágenes y siente una simple pureza; en el entendimiento recibe rayos resplandecientes, o resplandores del Sol de justicia, y conoce la verdad divina; en la voluntad siente un encendimiento de amor quieto, como un toque del Espíritu Santo, una fuente viva donde salen ríos de eterna suavidad; y de esta suerte es llevada a la excelente unión con Dios.

Entrada, pues, el alma en aquel desierto anchísimo de la divinidad, dichosamente se pierde, y alumbrada con la luz de aquella obscuridad lucidísima, por conocer y ver tanto, queda casi sin conocimiento, y se halla en una sabia ignorancia. La cual, aunque ignore el ser de Dios, con estar con Él unida en aquella pura claridad, aunque no vea a Dios como está en su gloria, conoce por experiencia que excede infinitamente a todas las cosas sensibles y a todo lo que se puede escribir, decir o comprender con el entendimiento humano. Siente ser muy diferente cosa

pasarse a Dios, sin medio de imágenes y formas de cosas visibles, que verlo en nobles y divinas imágenes y semejanzas. Finalmente conoce mejor a Dios por el íntimo abrazo y contacto del amor, que los ojos exteriores ven el sol visible. Semejante alma sabe muy bien qué cosa sea la verdadera contemplación, porque enderezada la vista de su entendimiento a aquella región de la inefable luz, y fijada allí, ve cuán corto y cuán poco o casi nada es todo lo criado, comparado con el infinito y altísimo Dios.

No todos llegan a la unión.- Pero no todos los siervos de Dios en este siglo son de esa manera arrobados sobre sí mismos; no así todos llegan a la oculta parte más íntima y pura del alma divinizada; no son todos admitidos a aquella mística y alta unión con Dios, a la cual ninguno puede llegar por sus fuerzas, ni trabajo propio, si no es ayudado con especial gracia de Dios. *Empero los que allí son admitidos, en cesando en ellos aquella soberana acción de Dios, han de tomar luego la propia y las formas o imágenes santas, y acudir a las buenas obras y ejercicios de piedad; han de ser muy humildes y perseverar en el deseo de aprovechar y tenerse como si entonces comenzaran a vivir bien.* Porque mientras esta vida durare, no entrarán tan alta y profundamente en Dios, que no puedan entrar cada momento más y más profundamente, y *siempre quedará en ellos algo que no esté aun bien mortificado*, y dado caso que a estos ya no les impresione la vista y trato de las criaturas, con todo eso es necesario que velen y que tengan consigo grandísimo cuidado hasta la muerte. Cierto es que el rey David, y aunque en su mocedad, apacentando los rebaños de sus ovejas, había recibido gracia de soberana contemplación, empero después de tantas y tan admirables revelaciones proféticas con las que le había comunicado los inefables secretos de su sabiduría, después de muchos gustos de la dulzura divina, después de místicas transformaciones y amorosos y encendidos arrobamientos en Dios, ya viejo cayó en gravísimos pecados, esto es, en adulterio y homicidio.

Falsos contemplativos.- Algunos neciamente ponen la perfección en que puedan ellos, quietos y libres, despedir de su entendimiento todas las imágenes y formas y recogerse interiormente con una ociosa complacencia, sin hacer caso del amor de Dios, ni de otras obras y ejercicios espirituales. Los que procuran esta falsa quietud (pues torpemente se buscan a sí mismos y antes se deleitan en sí que en Dios) son miserables esclavos del demonio.

Contemplativos verdaderos.- Pero los buenos contemplativos y que trabajan por el sosiego y quietud sobrenatural, de tal modo procuran la desnudez de su alma y el santo reposo, que, con todo eso, no dejan las buenas obras y ejercicios. Porque con todas sus fuerzas se ejercitan en las virtudes y se ocupan en ellas y en la alabanza divina, y meditan la Pasión del Señor, y le dan gracias, tienen su oración ordinaria, cuando no les falta ocasión, y están por amor unidos con Dios; y miran más por su honra y gloria que por su propio deleite. Hace Dios en ellos aquella obra excelentísima que dijimos; porque, llenos de amor divino, se ponen, por el silencio interior, en un estado de desasimiento y simplicidad, no pensando ni considerando nada fuera de Dios. Libres de esta manera, por la gracia de Dios, de todas las imágenes y formas, son arrobados, y vuelan en busca de aquel rayo de la divina obscuridad y son unidos a Dios sin ningún medio.

Aunque muchos hombres espirituales, en el tiempo de este destierro, no llegan a este punto, sienten en sí no sé qué delicadezas de pensamientos, cuando desechados de su alma los bullicios, ponen los ojos humilde, apacible y amorosamente en la presencia alegre del Señor, haciendo poco o ningún caso de cualquier otra cosa. Empero como sería poca cordura que indiscretamente se sentase a la mesa del rey, sin su mandamiento y licencia, aquel a quien el mismo rey le hubiese encomendado que asistiese a ella para servirle; así ni más ni menos hace muy mal y descomedidamente, aquel que se quiere entregar del todo al

dulce reposo de la contemplación, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello.

Cada uno ha de contentarse con su suerte.- Así que cada día has de procurar y desear agradar y servir más y más a Dios, pero siempre contentándote con la gracia que Dios quisiere darte. Si él quisiere obrar en ti alguna cosa singular, no le impidas, ni te apartes; mas sigue con discreción su voluntad, manteniéndote en la santa humildad y en el menosprecio de ti mismo.

Revelaciones.- No desees desordenadamente visiones y revelaciones, que algunas veces se suelen conceder aun a los malos. Los que vanamente las desean, y sin consideración les dan crédito y confían en ellas, fácilmente son engañados de Satanás, que algunas veces se disimula como ángel de luz, y las más para engañar, mezcla cosas verdaderas con falsas; ¹ él unas veces dice cosas verdaderas, otras las dice falsas, mas el Espíritu Santo nunca revela ni dice sino cosas verdaderas. Cuando el espíritu de Dios bueno se hace visible al alma, suele ella, al principio, recelar y temer, pero luego recibe gozo y consuelo y conserva la alegría y paz interior, y el hambre y deseo de las virtudes. Pero cuando el demonio se ofrece y acude, dura el temor que pone en el alma, y aun cada momento crece más en ella, y aunque cuando el demonio se disimula en ángel de luz, al principio se alegra el alma, pero después queda avergonzada y llena de tinieblas, se inquieta y turba. No es ofender a Dios, cuando tienes alguna revelación, si estás dudoso hasta tener certidumbre de la verdad, aunque la revelación sea santo y divina. Es necesario examinar mucho si acaso esas revelaciones tienen encerrado algún engaño, disimulación u otro disparate; y si con conformes con lo que enseña la Fe católica, las sagradas Escrituras y los santos Padres, y si no, luego se les ha de apartar y no hacer caso de ellas. Las ilusiones o visiones engañosas del demonio suelen hacer al

¹ 2a. Corintios, 11, 14.

hombre soberbio, rebelde y obstinado en su parecer y propio juicio; pero la revelación divina hace al hombre humilde, resignado y suave. Hay algunos varones espirituales tan dados a Dios, que aun estando despiertos y sanos, por obra particular de Dios son arrobados fuera de los sentidos, y estando así con los sentidos suspensos y sin acción ninguna, atienden perfectamente a las visiones y revelaciones divinas.

Los humildes no son fácilmente engañados.- No es posible que el demonio engañe a aquellos que en las revelaciones están llenos de gran dulzura de amor divino y cubiertos de una luz pura, intelectual y espiritual. Y a los que tienen verdadera humildad, y que con devoción y espíritu buscan a Dios y le piden favor. Él mismo los preserva y ampara, para que no caigan en los lazos del demonio y se pierdan,. Porque aquellos que se ensorberbecen y tienen en sí encubierta alguna doblez o disimulación viciosa, miserablemente se engañan a sí mismos, y voluntariamente se meten en las redes del demonio. Siendo, como es, Dios Padre fidelísimo, a los hijos humildes que le piden pan o un huevo o un pez no les dará piedras en lugar de darles pan, ni algún escorpión o serpiente en lugar de darles un huevo o un pez; ¹ antes les da un espíritu bueno; dales lo que les importa para su salvación. De ninguna suerte puede Dios desamparar a los que humildemente acuden a Él, y ponen en Él su confianza. Así que los humildes siempre se escabullen de los lazos de Satanás. *Y no hay señal ni indicio más cierto de la verdadera santidad, que la humildad verdadera y la abnegación perfecta de sí mismo.*

¹ Lucas, 11. 11-12

CAPÍTULO XII

De la Sagrada Eucaristía: de la Santísima Virgen y de los Santos

Preparación para comulgar.- Cuando fueres admitido a aquel celestial convite, donde Cristo se recibe y se da en manjar, considera devotamente los beneficios de Dios y, principalmente, su santísima Pasión, donde resplandece más la caridad inefable de Cristo para con nosotros, porque hablando Él mismo de esta comida, dice: “Haced esto acordándoos de mí”.¹ Pues sí tienes tiempo propicio, piensa o medita, qué es lo que hizo o padeció por ti el benditísimo Jesús, y pídele juntamente que apareje en ti una apacible y deleitosa morada. Pídele que perdonados todos tus pecados, adorne tu alma pobre con sus merecimientos y virtudes. Recibe con reverencia, humildemente, la sagrada Eucaristía, creyendo que debajo aquellas especies de pan, recibes el verdadero e inmortal Cuerpo de Cristo. Porque con la virtud divina, por las palabras de la consagración que dice el Sacerdote, la substancia del pan y del vino se convierte y muda en el Cuerpo y Sangre de Cristo. Aunque la sagrada Eucaristía se dé a millares de hombres, cada uno de ellos recibe el cuerpo del Señor y a todo Cristo; asimismo si una Hostia consagrada se divide en muchas partes, debajo de cada parte de aquéllas está encerrado todo Cristo; y, con todo, está el mismo Cuerpo entero y todo Cristo a la diestra del Padre en el cielo. Este grande misterio, esta incomprensible mudanza o conversión de una substancia en otra, se hace como está dicho, por obra de Dios, a quien ninguna cosa es imposible; verdaderamente en la Eucaristía se te da todo Cristo a sí mismo; quiero decir, que se te da su soberana divinidad; el Cuerpo perfecto, con su Sangre y su sacrosanta Alma.

¹ Lucas, 22, 19

Si recibes dignamente o como conviene, este venerable Sacramento, *te confirmas y fortificas mucho en el bien y recibes un remedio singularísimo contra los pecados; y te juntas y llegas más cerca, y más íntimamente a Dios, y te haces al fin excelentísimamente partícipe de todos los merecimientos de Jesucristo y de todas las virtudes que en su vida y en su muerte obró, y eres enriquecido con inefable gracia.* No hay lengua que pueda declarar, ni corazón que pueda comprender cuán grandes sean los bienes que se le siguen al hombre, de recibir con espíritu y devoción este Sacramento. Alaba a tu Señor, que por su liberalísima bondad dejó y dió a su Iglesia en este miserable destierro tan gran tesoro.

Comunión espiritual.- No te descuides de recibir a Cristo espiritualmente, cuando no lo recibes en el Sacramento, y harás esto si te dispones y deseas que venga a tu alma. Nadie, si tú quieres, te puede estorbar que no recibas cada día espiritualmente el Sacramento de la Eucaristía.

Ofrenda en la misa.- Todas las veces que te hallas presente al divinísimo sacrificio de la Misa, ofrece tú devotamente a Dios Padre, en cumplida paga y satisfacción por tus pecados, la Hostia consagrada que ofrece el sacerdote; ofrécela en olor suavísimo y en alabanza eterna, para tu remedio y salud eterna, y de todos los hombres.

Honrar a la Virgen María.- Ama puramente a la dulcísima Virgen Maria, Madre de Jesucristo, reverénciala y pídele favor con gran cuidado; la cual *no solamente es consoladora y abogada benignísima de los perfectos, sino también de los imperfectos y pecadores. Porque esta Señora a ninguno desecha, a todos oye.* A los pecadores, que con devoción y humildad acuden a ella, los recibe, recoge y ampara blanda y suavemente, y con una confianza de Madre los reconcilia con su Hijo. *Antes faltará el cielo y la tierra, que falte su ayuda a cualquiera que de veras le*

pide favor. Da gracias a Dios, que te la dió por Madre, amparadora y ayudadora.

Que nos habemos de ayudar de los Santos.- Reverencia también a los otros Santos cortesanos del cielo, como a famosos príncipes y esclarecidos reyes y reinas. Y no oigas a los desventurados herejes de este tiempo, que con loco atrevimiento dicen que los Santos en el cielo no saben nuestras oraciones, y que, pues no nos pueden favorecer, no les habemos de pedir favor, ni ayudarnos de ellos. Porque la Iglesia católica y apostólica, que es columna y fundamento de la verdad, muy de otra manera lo siente. Cosa cierta es que no se compagina esta ignorancia e impotencia que, según dicen los herejes, padecen los Santos, con la bienaventuranza que tienen en el reino celestial; porque allí todas las cosas son sumamente perfectas. Los santos en el cielo contemplan claramente a Dios, y lo ven como Él es; porque si así no lo viesen y conociesen no serían bienaventurados. Porque Cristo en el Evangelio dice al Padre: “Esta es la vida eterna, conocerte a ti, que eres solo y verdadero Dios; y al que enviaste, Jesucristo”.¹ Luego los Santos, viendo a Dios cara a cara, están unidos con Él excelentísimamente; y como son una cosa con Aquel que las sabe y puede todas, también ellos en Él saben y pueden todas las cosas que pertenecen al estado de la gloria de que gozan; y saben y pueden sin duda cuanto quieren.

De aquí es, que conocen no solamente las voces de nuestras oraciones, sino también los santos deseos y pensamientos con que les hablamos y honramos, y con gran fidelidad socorren a todos aquellos que con devoción les piden favor. Grandemente se complace Dios en que todos los cristianos les tengan gran reverencia, pues son amigos íntimos e hijos muy queridos del mismo Dios, y reinan ya con Él gloriosamente.

Las imágenes de los Santos.- Así que los has de reverenciar (como está dicho), y honrar y respetar sus imágenes.

¹ Juan, 17. 3.

Muy locos andan los herejes de nuestro tiempo que quitan las imágenes de los santos, por lo que dice Dios en su sagrada Escritura: “No tendrás dioses ajenos en mi presencia. Y no hagas figuras ni ídolos para adorarlos”¹ O no quieren, o no saben los herejes diferenciar entre los ídolos, o figuras de los dioses, y entre las imágenes de los santos. Los cristianos, hijos de la Iglesia católica, no adoran de la misma suerte que adoraban los gentiles los ídolos como si fueran dioses (y esto es lo que manda Dios que no se haga), sino que honran y reverencian devotamente a los Santos en sus imágenes y retratos. Esto guarda hasta ahora fielmente la Iglesia, enseñada y regida por el Espíritu Santo, lo cual también lo recibió de los Apóstoles.

CAPÍTULO XIII

De las desolaciones y de las consolaciones

Como nos hemos de llevar en las arideces.- Has de emplear todo el tiempo a gloria y alabanza de Dios. Cuando estás sano, ocúpate en alguna cosa buena, y cuando estás enfermo, ten mansedumbre y paciencia. Las buenas obras que haces, cuando no dan gusto al paladar de tu corazón, y cuando no te sientes en ellas tan contento, o sea que te sientes encogido de frialdad interior, o cercado de tinieblas, no pienses que entonces no sean agradables a Dios, ni a ti provechosas, pues la verdadera devoción consiste en la verdadera humildad, resignación, abnegación, y en el menosprecio de si mismo, más que en el sabor y dulzura sensible. Ciertamente, que para la salvación de muchos aprovecha más el sentir sequedad y amargura de corazón, que gran suavidad y amorosos y grandes deseos. Agradece mucho a Dios aquel que estando lleno de fe y amor

¹ O. 4: 32, 2; Deuteronomio, 5: 8, 7, 25, Levítico, 26, 1.

divino, en esa esterilidad y pobreza interior sabe decir con humildad: "Señor, aunque yo sea un torpe y sucio y no merezca el consuelo de que gozan los buenos, con todo eso no te dejaré, sino que, desamparado, con mucho gusto perseveraré según tu voluntad y permisión." Muy infiel le es a Dios aquel que cuando lo consuela, lo quiere servir; mas cuando le falta el consuelo espiritual, luego se aparta de Dios y lo deja y busca otros consuelos ilícitos y torpes. *Sin duda que tendrías hartos más consuelo verdadero y que amontonarías cien veces más premio delante de Dios, si deseando tú el consuelo divino, te lo negase Dios, y tú entonces por su gloria lo sufrieses con ánimo resignado, que si sensiblemente recibieses el mismo consuelo. No es indicio infalible de santidad aquella suavidad, sino que, en darla, muestra Dios su bondad; porque algunas veces la suele dar aun a los que viven mal. Por muy sospechosa se puede tener semejante suavidad, si el que la recibe no siente luego que queda en él una alegría espiritual, un hambre y deseo de aprovechar en la virtud, en especial en la santa humildad, obediencia y caridad divina.*

A muchos de los que de nuevo comienzan a servirle, suele a menudo el Señor moverles las potencias inferiores del alma con tan crecidos regalos de gracia, que, casi embriagados, les es forzoso manifestar con palabras y gestos no usados, la riqueza de los interiores deleites que sienten, y aun suelen venir en un pasmo, sueño o arrobamiento. Así son realmente juntados y unidos a Dios sus nuevos siervos y amigos por un abrazo divino, con sensible unión, y reciben de Él besos suavísimos. Buena es por cierto esta unión sensible, la cual se hace en la naturaleza del hombre con algún medio, *con tal que aquellos a quien se diere semejante gracia, procuren aprovechar más y más en la humildad, paciencia y verdadera resignación de sí mismos.*

Pero la mística y verdadera unión que algunos varones perfectos experimentan sin medio alguno, levantados sobre sus fuerzas naturales, absorbidos por el abismo del divino amor en la más alta y noble parte de su alma, que es el espíritu lo más íntimo y puro de ella, es sin comparación más excelente.

Cómo hemos de gozar de las consolaciones.- Empero tu también has de estar aparejado para sufrir la sequedad y angustias de corazón, y las tinieblas interiores *todo el tiempo de tu vida, si Dios lo quiere así*; pero si algunas veces por su benignidad (aunque no lo mereces) te diere consuelo y dulzura espiritual, no la deseches; mas *recíbela con alma agradecida y humilde, y persevera siempre en el temor de Dios*. Y guardate con gran diligencia que por semejantes consuelos no te engrías vanamente, ni te glories; guárdate también no descanses, ni confíes mucho en ellos, ni uses de ellos mal para tu propio deleite; pues *no se ha de buscar el descanso en los dones de Dios, sino en el mismo Dios*.

La naturaleza suele en cualquier ocasión buscarse a sí misma, y muchas veces hace esto con mucho secreto, encubriendo su amor propio con alguna razón justa o con alguna buena obra; pero se ha de tener gran cuenta con su mala inclinación y corregirla y mortificarla con diligencia. *Porque es mezclar un poco de estiércol hediondo con un bálsamo preciosísimo, querer buscar el propio interés y gusto juntamente con los divinos consuelos*. A Dios se han de volver los dones y beneficios que Dios hace, de suerte que *quien los recibe ha de quedar tan libre de gloriarse de ellos, como si no los hubiese recibido*. Pues *tanto has de ser más humilde, y tanto más firme en el desprecio de ti mismo, cuanto Dios más benignamente te consolare y visitare*.

Y cuanto te quite la suavidad y consuelo, no pierdas el ánimo, mas en esa pobreza interior y en esa angustia has de ocuparte en las buenas obras y ejercicios espirituales, igual que cuando te hallas en la abundancia y gozo. *Por esa sequedad y esterilidad de corazón has de ofrecer al Padre celestial los fervorosos deseos y el amor encendidísimo del corazón de Cristo; le has de ofrecer la santa devoción y caridad de la bienaventurada Virgen María y de todos los Santos*.

CAPÍTULO XIV

Sobre los Novísimos

La muerte del hombre resignado.- En cualquier suceso que se te ofrezca, has de perseverar unido con Dios con entera paz. Porque así vivirás en esta vida en gracia de Dios, y al fin saldrás de ella con una muerte santa. Morirás en gracia de Dios y será tu muerte una entrada a la vida verdadera, conforme a la promesa del Señor, que dice: “El que cree en mí, aunque muera esta muerte natural, vivirá en la otra vida; y cualquiera que vive y cree en mí, no morirá eternamente”¹. Cuando tu alma saliere de la estrecha cárcel de este cuerpo, el mismo Cristo, con grandísimo regalo, le dirá estas u otras semejantes palabras: “Yo soy tu salud, yo soy tu Criador, Redentor y amador tuyo; por las angustias de la muerte te he buscado y te he hallado; siempre estarás conmigo, no quieras temer”. Hombre de buena resignada voluntad, así te consolará entonces tu Señor y tu Dios.

No te entristezca desordenadamente, pues, la memoria de la muerte, antes debe consolarte y alegrarte, como se alegraba con ella una santa virgen, que le decía a Dios: “¡Oh Señor! ¿cuándo, finalmente, éste mi cuerpo, quitándole tú la vida, se volverá en polvo y mi alma tornará a su principio?” “Por cierto, que deseaba mucho la muerte esta santa, y que la vida le era padecer.

Tampoco te fatigue ni dé mucho que pensar qué muerte será la tuya, sino déjate todo seguramente a la disposición y voluntad de Dios; y si acaso no puedes desear la muerte, a lo menos, cuando viniere, llévala con paciencia. Dile al Señor: “Hágase tu voluntad.” Muriendo Jesucristo tu Rey, te allanó el camino y lo hizo seguro; sigue tú humildemente por donde Él fué. *Aunque te atemorices y temas, con todo eso persevera con una santa esperanza y confianza en tu buen Señor, que no te quiere tratar*

¹ Juan, 11, 25.

² Salmo, 34, 3.